

Entre la negación y

la hibridación de una identidad cultural activa: El Caribe y sus reflejos en la obra de David Sánchez Juliao*

Andrea Juliana Enciso Mancilla

Pontificia Universidad Javeriana

Resumen:

El trabajo de David Sánchez Juliao nos remite al Caribe como identidad híbrida en constante evolución y contradicción en la cual los procesos de fusión, negación y afirmación de lo propio, el anhelo de ingresar a ese centro idealizado de Occidente que representa el hombre blanco y el reconocimiento del *Otro* absolutamente descentrado, como es el caso de la migración de los libaneses o “turcos” popularmente denominados, son los embates que demarcan este tipo de construcción. El presente ensayo desea mostrar cómo el autor en sus libros, *Abraham Al Humor*, *El Pachanga* y *El Flecha* (1981) y la novela *Dulce veneno moreno* (2005), invita a una reflexión acerca de la identidad cultural del Caribe colombiano, en la que ser “costeño” no sólo es una cuestión de acento, sino

Abstract:

David Sánchez Juliao's work leads us to the Caribbean as a hybrid identity in permanent evolution and contradiction, in which the processes of fusion, denial and affirmation of the own assets, the dream to enter this idealized west center that represents the white man, and the recognition of the other absolutely misplaced - like the Lebanese or “Turkish” migration-, are the troubles that build up a framework to this sort of construction. This essay intends to show how the author in his books *Abraham Al Humor*, *El Pachanga* and *El Flecha* (1981), and the novel *Dulce veneno moreno* (2005), invites us to think about the Colombian Caribbean cultural identity, in which being “costeño” is not only a matter of accent, but also of a constant recognition and dialogue with the world.

* Between Denial and Hybridation of an Active Cultural Identity: The Caribbean and its Reflection in the work by David Sánchez Juliao.

Recibido y aprobado en julio de 2008.

de reconocimiento y diálogo constante con el mundo.

Palabras clave: Caribe, identidad cultural, hibridación, centro-periferia, euro-centrismo, interculturización, transculturación, colonia, poscapitalismo, poscolonialismo.

Keywords: Caribbean, cultural identity, fusion, center-periphery, euro-centrism, inter-culturalization, trans-culturalization, colony, post-colony, post-capitalism.

Cuando pronuncio la palabra Caribe, a mi mente arriban los recuerdos de la infancia, del olor de los caballitos de papaya y de las frases de las ancianas vestidas de luto riguroso que aseveraban que la pérdida del honor de alguna mujer de la familia debía “pagarse con sangre”. Con los años, esos recuerdos como identidad de algo único, se me hicieron confusos, más, cuando todavía con ritmos de tamboras en la memoria, estas imágenes de los primeros años de vida se mezclaron con las alusiones a las tradiciones árabes, libanesas, europeas, negras e indias que encontraba en los libros o, en general, en las producciones culturales que llegaron a mis manos con el tiempo, demostrándome que lo que conocía como “puro” era finalmente el resultado de una fusión que hacía del Caribe de mis nostalgias, una identidad en constante construcción y conflicto.

Desde ahí y con la distancia que me ha dado vivir como una cachaca fatuta por años en Bogotá, la lectura del trabajo de David Sánchez Juliao me ha llevado a reflexionar sobre la identidad del Caribe como una construcción híbrida, entendiendo este último concepto como “los procesos socioculturales en los cuales estructuras o prácticas concretas, que existían de manera separada, se combinan con el fin de engendrar estructuras nuevas, objetos y prácticas” (Canclini, 54: 1989). De ahí que sea pertinente referirse al Caribe colombiano como una entidad en constante evolución y contradicción, en la cual los procesos de fusión, negación y afirmación de lo propio, el afán por ingresar al centro de sentido de la modernidad del hombre blanco y el conflictivo reconocimiento del *Otro* descentrado, que representa el oriental encarnado en la figura del libanés (conocido popularmente como “turco”), sean los embates que demarcan este tipo de identidad.

El presente ensayo, demuestra cómo el autor en sus libros, *Abraham Al Humor*, *El pachanga* y *El flecha* (1981) –inicialmente editados bajo el formato de libro-cassete– y la novela *Dulce veneno moreno* (2005), nos invita a una reflexión acerca de la identidad cultural del Caribe colombiano, como una construcción en constante cambio y conflicto a partir de las dinámicas de rechazo y afirmación. Sustentaré mi análisis en los postulados de hibridación,

ya descrito arriba, y en el de “rizoma” de Edouard Glissant, así como en las teorías poscoloniales que redefinen los paradigmas cognitivos para estudiar la relación entre Occidente y sus ex-colonias. A pesar de su distancia conceptual y de la diferencia en la perspectiva que cada una asume, las usaré para ilustrar los elementos de una entidad tan abigarrada y multiforme como la identidad cultural del Caribe colombiano.

Hibridación: una cuestión de origen

La robusta migración de la cual ha sido enclave el Caribe¹, imprimió en esta región del país la marca de la pluralidad tanto en costumbres como en formas de construir el mundo. Glissant (2002), hace alusión a dos tipos de identidad: la primera de ellas la atávica, la cual tiene su construcción desde una raíz única cuya filiación es definida por los relatos fundacionales acerca del origen como son el Génesis, las épicas escandinavas, el Popol Vuh, etc. Y la otra, es la rizomática, que podría definirse como la construcción de una cultura compuesta, en constante expansión e intercambio marcada por los procesos de criollización e hibridación (Glissant, 2002: 59-60).

Respecto a la última, podríamos ubicar la identidad Caribe en este rubro, donde múltiples maneras de construir la realidad se dan cita para crear un palimpsesto, en el cual hablar de una identidad única *auténtica* es imposible, pues nos enfrentamos a un proceso constante de transculturación.² En consonancia con esto, Sánchez Juliao define a los habitantes del Caribe colombiano, como “una mezcla de blanco, indio, negro, árabe... comemos arroz con tahini, quibbe con bocachico y tabule con maíz...” (Sánchez Juliao, 1981: 7). Y, no sólo desde la mezcla racial, sino desde la interculturalidad, entendida por Yolanda Onghera (2006:7) como “un circuito de fluidos, y no como una esencia fija y estática que existe al margen de acciones, experiencias y prácticas...”³ donde

¹ Al respecto Germán Espinoza afirma: “la marcha de los tiempos aguzó, como todos lo sabemos, esa pluralidad al convertir al Caribe en epifoco de migraciones de toda índole. A comienzos de este siglo y a lo largo de él, llegaron los libaneses y árabes que huían del dominio turco que trataban de escapar de sus guerras civiles que venían a trabajar en el canal de Panamá, llegaron los hindúes pálidos, llegaron numerosos judíos europeos hostigados por el nazifacismo”. (Espinoza, 68).

² Se entiende por transculturación un “proceso en el cual dos partes de la ecuación quedan modificados y de la cual surge una nueva realidad, compuesta y compleja, una realidad que no es la aglomeración mecánica de caracteres, ni un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente como donde la mezcla es la clave para comprender la manera en que se construye el mundo”. (Ortiz, 1978: 87).

³ Para Onghera la interculturalidad debe ser entendida como “una perspectiva a través de la cual se puede reflexionar en torno a la diversidad de referentes, significados y relaciones que se implican en el conjunto de la humanidad. Es una especie de interrogación sobre las múltiples realidades sociales y culturales que se formula a partir del desarrollo del concepto diversidad” (Fundación CIDOB, 1996)”. (Onghera, 2006: 1)

fenómenos como el contrabando y la fuerte influencia de los medios de comunicación masiva, demarcan el espíritu de esta región como el resultado de la fusión, en la cual lo “extranjero” termina transformándose en propio, debido a la fuerza del uso. Ilustración de ello es la reflexión del narrador de *Dulce veneno moreno* respecto a la relación de los habitantes del Caribe colombiano con el whisky: “los franceses podrían saber mucho de vinos, pensé, pero nosotros en esta tierra conocíamos más de whisky que los propios escoceses; no porque fuéramos sofisticados, sino porque pertenecemos a una región de contrabandistas”. (Sánchez Juliao, 2005: 38).

Otro caso de las alusiones a la transculturación es el de personajes populares como *El Flecha* y *El Pachanga* y su constante apropiación desde el contacto o como sinónimo de estatus, de términos anglo en su vocabulario, dando cuenta de un proceso dinámico de fusión entre lo nacional y lo extranjero, en un producto tercero que no es la lengua nativa, pero tampoco es el idioma extranjero: “Bueno, pa no hablar más, se los presento, vea viejo Deibi: este es el **Mono Mira**. El **Mono** es el apodo, porque ¿no lo ve? Parece un pato albino, como blanquiado con cal ¿ah? Mira es el apellido. Mira ¡qué apellido! Y el nombre traducido al inglés, el **Mono Mira**: quiere decir en inghlish **The Monkey Look**” (Sánchez Juliao, 1981: 48). O *El Pachanga* y la apropiación de algunos términos del inglés desde una posición vernácula por el contacto con los extranjeros como forma de supervivencia: “Aprendí a espiguiar el Ínngliss, sabe como é: **Jálou yeyo Pachs**, me decían loj americano, y yo **Jálou míster, jaú du yu dú** y tal, **guachi minijáus** y tal, yes **maclés íngliss buéiss-méiss, man**, y en seguida: **oh, oh míster pachs...**” (1981: 37). (El énfasis es mío).

Al ser una mezcla que, en ocasiones, puede convertirse en conflictiva, el Caribe, al igual que gran parte de América Latina, es de una manera u otra “pos-moderno”, pues la transculturalidad, la tradición y la modernidad, lo propio y lo ajeno, se dan cita en la cotidianidad. Hablar aquí de un paradigma roto o una matriz primera es imposible, pues la expansión, tal como sucede con la raíz rizomática, hace su aparición como la cara misma, y es precisamente esa la postura que se devela en el trabajo de David Sánchez Juliao: no hay un rostro primero, sin mácula, todo lo contrario, el rostro de lo que definimos como caribeño es el resultado de la mezcla del mundo en una esquina del océano. Aunque en los primeros trabajos tales como *Historias de raza mandaca* (1975), son, haciendo uso de la escritura testimonial, un tributo a la voz de los campesinos de Córdoba.

En obras como las aquí presentadas, la preocupación por la identidad y ese necesario reconocimiento de lo múltiple como motivo de orgullo, se hace evi-

dente. Nos enfrentamos entonces a una revalidación desde la “sana anarquía” de la región como punto de diálogo con las otras partes del mundo, y no precisamente partiendo de la idealización de esta zona como “el paraíso perdido”, sino como resultado de lo que García Canclini denomina “una articulación más compleja de tradiciones y modernidades...” (1989: 23).

Soñamos con ser blancos o del centro: el conflicto de la condición múltiple

Sin embargo, la condición de hibridación, de espacio tercero donde somos mezcla y no punto de partida de lo puro, en ocasiones es motivo de conflicto. La dificultad de asumir esta identidad múltiple, lleva a la negación de lo propio y en cierta forma al repudio de la mezcla, tal como lo advierte el autor en una de las intervenciones de Jean-Claude, el personaje central de *Dulce veneno moreno*: “Ludisbel era morena, una mezcla de mora con india Karaib o arawak, no sé; o con ambas sangres, quizá. Ustedes, queridos amigos, jamás advierten esas sutilezas en la América Latina, porque el racismo los ciega, les cierra las puertas a esos trozos de historia que transitan por las calles sobre piernas y entre sensuales andares”. (Sánchez Juliao, 33: 2005).

El problema de comprender que el diálogo con el mundo se halla como tal en la propia tierra, sin necesidad de ingresar al dominio de lo occidental eurocéntrico, podría definirse como el asunto de la negación y las contradicciones propias del ser Caribe –y en general de lo colombiano– que expone Sánchez Juliao en su trabajo. Boxeadores que se apropian de extranjerismos anglo para adornar en medio del humor su narración, microempresarios que hacen propios los vocablos del extranjero para conseguir un medio de subsistencia o nativos que ensalzan afuera su identidad para luego negarla, son algunos de los elementos de esta dialéctica que propone una revisión a la identidad del litoral Caribe.

Un ejemplo de ello lo podemos ver en la pregunta que se hace el personaje francés, respecto a su amada y la negación de su identidad cultural después de su regreso a Colombia: “¿Por qué se había afirmado en lo propio con tanto orgullo en la distancia, y por qué estando ya en lo suyo se afirmaba de tal manera en lo ajeno?” (Sánchez Juliao, 2005: 172). Este es un problema que compele en cierta forma a todo el país y a las generaciones que han sufrido de la baja autoestima de ser colombiano o latinoamericano. Sánchez Juliao más que una respuesta, nos arroja al reflejo de una condición del ser en el mundo, de una imposibilidad de reconocer las voces diversas que componen el Caribe y en general la experiencia de vivir y percibir como nacional la identidad. Para el autor en la voz del protagonista de *Dulce veneno moreno*, la baja autoestima

social es una enfermedad “una afección cultural [...] que conduce inevitablemente, a la frustración histórica” (2005: 172) que, en últimas, se traduce en la desgracia del latinoamericano, de no entender la diferencia como una riqueza sino como un oprobio, negando así la opción de construir una aproximación de la realidad a partir del reconocimiento de lo *Otro* como atributo, tal como sucede con la transculturación del Caribe colombiano.

Mientras el mundo descentrado de la razón y de una verdad única se define como “posmoderno” en un estado del capitalismo tardío en el cual la periferia ha sido redefinida desde el tráfico constante de personas y de símbolos, el asunto en América Latina, a nivel general, es comprender que el centro o el eje de la historia no se encuentra afuera, en el blanco idealizado que se define como el portador legítimo del tiempo de la institución, sino en las distintas urdimbres que el tiempo se ha encargado de fusionar en el crisol de estas tierras, otorgándonos un lugar válido para dialogar desde la diferencia.⁴ Esta postura puede dilucidarse en una de las intervenciones del narrador en *Dulce veneno moreno*, donde la reivindicación de la región es innegable:

...ello en el sentido de que entrábamos a una etapa de la historia en la que, para sobrevivir a todos los desastres, no nos queda otra salida que la de llamar a la afirmación de cada región del mundo, por pequeña e intrascendente o insignificante que fuera, como la única válida y legítima. Desde esa postura, la múltiple legitimidad, podríamos entendernos de tú a tú con los demás, fueran ellos quienes fueran: europeos o iraquíes, asiáticos o americanos, colombianos o franceses, africanos u oceánico. En fin... (Sánchez Juliaio, 2005: 52).

La propuesta con respecto a la cual el autor nos hace invitación, es al reconocimiento positivo de la diversidad como manera de ser en el mundo, a la necesaria apropiación de la diferencia como enclave para el intercambio y a la afirmación en “la aldea global”. Es, ser concientes en la afirmación del Caribe frente al mundo, de la apertura de espacios rizomáticos en la construcción de sentido, donde “El *Mismo* occidental y el *Otro* exótico conviven, debido a la caótica diversidad posmoderna, en este *tercer emplazamiento* que rompe

⁴ Según Ian Chambers en la línea del poscolonialismo, el monólogo de occidente se quiebra con la aparición de escrituras de reacción, donde el “Otro” deja de ser un objeto, para transformarse desde el relato de culturas otras en sujeto de la historia (Chambers, 1998). Desde ésta aproximación el constructo de occidente se devela entonces según Hottois como “la máscara de la colonización, de la explotación y, en definitiva, de la occidentalización del planeta” (Hottois, 1999: 544), presentando desde una perspectiva posmoderna, el replanteamiento de occidente como centro de sentido de la experiencia del mundo (Ancarola, 2000: 42) para dar pie a lo que denominaríamos una perspectiva intercultural según la aproximación de Ohghera que veíamos citas atrás.

con la extendida tradición positivista”.⁵ La afirmación presente en la obra de Sánchez Juliao es la reiteración del ser Caribe como una entidad válida dentro del entramado actual de intercambios y diálogos culturales, sin necesidad de acudir a las fórmulas de copia para acceder a la visión legitimada de la modernidad unilateral, cada vez más cuestionada.

No somos el original ni tampoco la copia, aunque en repetidas ocasiones queramos traer el calco de otras latitudes para *ser* de una manera legítima más que los propios en nuestra tierra, tal como le sucede a la protagonista de la novela publicada en 2005: “... la Ludisbel que había bajado del avión que llegó de París a Bogotá era una, la que yo conocía, y la que se subió al avión que iba de Bogotá a Montería era otra... mi damita de canela había cambiado de piel... como la serpiente que era...” (2005:138). Ser en medio de la negación y los procesos constantes de transculturación –aun a partir de la copia– son retos frente a los cuales nos pone el autor desde la crítica ácida presente en su obra y su llamado constante al reconocimiento de lo propio.

El extranjero: ese idealizado y problematizado *Otro*

De la misma manera en que la identidad híbrida es afirmada afuera como ese pasaporte de ingreso al primer mundo desde el discurso innovador de la diferencia negada en casa, la presencia del extranjero tal como lo refleja Sánchez Juliao en sus textos es igual de paradójica: por una parte se hace mención de la idealización del norteamericano y el europeo, como estandartes de la civilización, del centro, pero por otra, al libanés o al árabe, migrantes que hacen parte de la configuración del Caribe como identidad mezclada, se les denota como *outsiders*, blancos de burla en la construcción cotidiana del tamiz cultural, tal como lo presentan *Dulce veneno moreno* y *Abraham al humor*.

Podría aseverarse que el mundo latinoamericano, de una manera u otra, sufre la afición nada deleznable de la nostalgia por la unidad de Occidente, cuando, en palabras de Iain Chambers “...el pensamiento occidental, y su presunto dominio del cuadro en su conjunto, debe enfrentarse con el carácter incompleto del “mundo fragmentado, disperso...” (1994: 101), al buscar su reiteración como parte del universo a partir de la voz del blanco extranjero.

Por una parte, tal como lo muestra la trayectoria de algunos de los personajes del autor en las obras aquí citadas, hay todavía un convencimiento de ser desde la diferencia, una identidad cultural subalterna, periférica, en tanto existente

⁵ <http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n27/rbrowne.html>

sólo desde la validación de la voz de Occidente, entendida como sujeto único de la razón, y de la modernidad cómo estadio coherente e ideal. Afuera, se encarna al *Otro* (las ropas, la cultura gastronómica, la exaltación de lo “étnico”), en contraposición al centro —el caso de la morena protagonista de *Dulce veneno moreno* en París— como revalidación orgullosa del binarismo imperio-periferia; pero adentro, el motivo de orgullo de ser el *Otro*, se transforma en el encarecido gesto de adquirir legitimidad en la esfera social por medio de la negación y la intrusión del blanco como modelo válido para ingresar al “progreso”. Ejemplo de ello es la reflexión de Jean-Claude, al sentirse usado por la “doctora” Brunal en sus pretensiones de ascenso social: “entonces concluí yo, el eximio ciudadano e ingeniero francés, doctor Jean-Claude Poulenc, había sido dos cosas: el objeto de la acción de socio del club y el trampolín para que Ludisbel y los suyos llegaran, sin contratiempos, a la cúspide de las instancias sociales de la ciudad”. (Sánchez Juliaio, 2005: 175).

Paradójicamente, es precisamente en uno de los nodos de la periferia, donde se refuerza el discurso de dominio de Occidente, la lógica del nativo y el colonizador, y no sólo por parte de los que aspiran a llegar a la voz válida de Occidente, sino por parte del europeo o norteamericano. Respecto a esa mirada del extranjero, en este caso el europeo, que “remite su entidad geográfica a la calidad de centro gravitacional del universo...” (Sánchez Juliaio, 2005: 51), y busca fuera de su centro lo *auténtico*⁶, en cierta forma un ideal revestido de lo salvaje, de lo no manchado por la civilización, la apropiación de lo ajeno. A propósito hay varias citas en el texto de 2005: “cumplí hace poco mis cincuenta años, así que en la década de los sesenta celebré mis quince; y quince años después de tener quince, en el último furor de los setenta, empecé a recorrer el mundo persiguiendo utopías. Una de ellas era encontrar una mujer morena a quien amar y, lógico, que me amara igual que yo a ella...” (Sánchez Juliaio, 2005: 31) o apartes donde en tono de sorna se hace mención a la inclinación del centro por la periferia: “... a usted, como a todo buen europeo, le atraen las chicas de las colonias...” (Sánchez Juliaio, 2005: 57).

La idea, aunque contradictoria, con respecto a los movimientos de la periferia, es que el europeo así como el caribeño, buscan la legitimación de su identidad como añoranza del “paraíso perdido” de la modernidad en la periferia; el europeo viene al Caribe a enamorarse de los rastros perdidos de la

⁶ Respecto al mito de lo auténtico por parte del colonizador occidental: Irse a otra parte para encontrar dicha “autenticidad”, en este momento, en que las raíces, las historias y tradiciones locales de occidente están dispersas y destruidas, sólo perpetúa la fase del espejo de ese impulso infantil. Tratamos de volver a los comienzos, no ya a los nuestros, si no a los del “Otro” a quien en la actualidad se le pide que asuma la tarea de representar nuestro deseo. (Chambers, 1994: 103).

utopía de un lugar ajeno al tiempo lineal, en contraposición al rechazo que suscita la condición de ser propio a los naturales. Podríamos aseverar que el caso del francés de *Dulce veneno moreno*, es precisamente la cristalización de esa disyuntiva en un personaje: el viajero incansable que termina comprendiendo que lo que él ama, como sinónimo de conocimiento del afuera, es el motivo mismo de repudio de los naturales, un movimiento por decirlo de alguna manera centrífugo, pues el punto que inicia el diálogo para él como extranjero, es lo que se niega por parte de los nativos del Caribe: "... jamás logran entender que a un extranjero le atraiga lo que ellos desprecian (...) Terminan desorientados cuando se percatan de que queriendo ellos ser europeos u occidentales, nosotros preferiríamos ser lo que ellos menosprecian". (Sánchez Juliao, 2005: 173).

El problema tal como lo señala el autor, no es el diálogo con el *Otro*, sino la constante negación que se reviste de copia o representación de lo occidental en el Caribe. El dilema no reside en ser distintos frente al blanco, sino en el menosprecio del rostro propio como enclave para el franco intercambio con el mundo. El reto que se propone aquí es validar la posición del Caribe y el latinoamericano, productos del proceso constante de transculturación e hibridación, como una manera igual de plausible de construir la realidad, desde estos espacios "terceros" de intercambio que plantea el contexto poscolonialista. Es, en pocas palabras, aceptar que la construcción del mundo del no occidental puede dialogar de manera conjunta con la tradición de Occidente, sin necesidad de ser una visión menos válida que la construcción de la "verdad" y la historia erigida por Europa.

Pero la construcción en el Caribe colombiano con respecto a los extranjeros no siempre es la misma, cabe resaltar la particular visión que se tiene de los libaneses y demás migrantes de Oriente. De manera contraria a la percepción del occidental como el canon de lo idóneo, el libán, en el caso específico de *Abraham al humor*, es tomado como blanco de burla. Al no representar el centro de la modernidad, es visto como un elemento extraño que, aunque en su cotidianidad hace parte de la vida del pueblo y sus costumbres han sido asimiladas como parte de la identidad "costeña", es representado como el "extraño", ya sea por su acento, o por cualquier suerte de adjetivación derivada de la avaricia o el fervor por el trabajo: "Trabaja, uno carajo, y dicen dasbués: turco tene blata. ¡Cómo no, hombre! Di desde 1930's estoy sentado en esta taburete a la buerta de la tienda". (1981:10). Se le discrimina, y, aunque también es extranjero como el occidental, es marcado como sujeto social por la desconfianza, al estar relacionado con actividades relacionadas con el comercio: "Y otro de esos desaconsejables esos del concejo ha dicho que estaba da

acuerdo, bero que dejaran sólo tres adjetivos: blanca paloma, casto curdero y turco hijueputa”. (Sánchez Juliao, 1981:10).

El problema enunciado es desde la visión de la construcción del *Otro* —que según Said es el resultado de las prácticas discursivas de Occidente, que transforman a todo foráneo en un objeto y no un sujeto de la historia—⁷ (Said, 1976), la imposibilidad de reconocer a ese que, al igual que el caribeño hace parte de la periferia discursiva; la razón, es que la mirada sigue centrada en el orden hegemónico del occidental como paradigma a seguir, menospreciando la importancia del referente que ofrece el Libanés como punto de diálogo y enriquecimiento del sistema cultural. Es interesante observar la construcción de Occidente y la noción de un centro portador de la verdad, a partir de los puntos exógenos a la matriz ideológica. Es precisamente aquí, desde la periferia, que el discurso del imperio se fortalece, tal como lo muestra el cuento anteriormente citado.

Desde la visión marcada del colonialismo en el Caribe, así como hay un repudio de la condición natural por no pertenecer al centro, ese mismo rechazo es también aplicado a todos aquellos que comparten la periferia con nosotros. No hay un reconocimiento de la posibilidad del diálogo con el distinto, que finalmente en la hibridación es el propio, sino un ejercicio de auto supresión por ser parte de la periferia y no del Occidente. Se construye lo global y transcultural desde una visión unilateral que sólo acepta como válido el diálogo con el dominante, omitiendo como aportante de gran valor a sujetos como al libanés en este caso, quién más que el occidental, ha sido constructor activo de la identidad caribeña, tal como la entendemos hoy.

Pero así como “el occidental” tiene la concepción del Caribe como un espacio que implica una ida y un regreso por parte del logos dominante que descubre y se deja abismar, el libanes, al ser asimilado y transformarse desde su dinámica en un elemento más del sistema social, no tiene regreso, pues él también ha cambiado y se ha insertado en la esfera del Caribe. Al respecto de esta condición, un fragmento de la carta de don “Abraham Al Humor”:

⁷ Según Patricia Almarcegui en su texto *Orientalismo: 20 años después*, el concepto de orientalismo de Said, debe ser entendido desde la siguiente perspectiva: “*Orientalism* analizaba y denunciaba la forma en que los europeos habían representado a Oriente. Con ésta, se había configurado el conocimiento del Otro y este conocimiento era el fruto de una construcción. Oriente no era un objeto inerte y pasivo de la naturaleza, sino una construcción humana realizada a través de generaciones de intelectuales, artistas, escritores y orientalistas, con cuyos discursos Occidente había construido su imagen de Oriente”. (Almarcegui, 2003: 2). En este sentido el Caribe y América Latina, a partir de sus producciones culturales, puede ser visto, al igual que oriente, como una construcción sinónimo de lo exógeno, de lo exótico, en pocas palabras de todo aquello que no hace parte del centro enunciator a partir del discurso.

«No es nadie, uno aquí en el Líbano ya. Toda familia y amigos están, como dice allá, nel barrio del costado. Aquí no buede ir al club Lurica. Ni salir bur la calle ni que la digan “adiós don Abraham” ni que el cura la nombre a uno nel sermón del domingo burque uno ha regalado una banca nueva bara la iglesia». (1981: 27).

Es necesaria la afirmación antes que el repudio: el Caribe frente a los retos del mundo globalizado

El Caribe y sus múltiples rostros es, ante todo, la sumatoria de sus partes y de sus procesos. Indios, negros, mestizos, libaneses, “gringos” o arroz con tahinni, rosas de Francia en la mitad de casas de bareque pintadas con cal, son los rostros múltiples y activos de una identidad en constante evolución y cambio, tal como la que presenta David Sánchez Juliao en su trabajo. Más que una excusa para el humor, los textos de este hábil narrador nos lanzan a una reflexión concienzuda con respecto a nuestro ser y la manera en que asumimos o negamos nuestra procedencia en el escenario del mundo. Ser caribeño o en general, colombiano o latinoamericano, aunque nos cueste trabajo comprenderlo, no es una afrenta. Ser la región es asumir una voz en particular —o varias, como es el caso del Caribe— y entender de una vez por todas, que la unidad de un bloque de sentido del cual estábamos expulsados por ser colonia o periferia, cada día se afirma como un ideal profundamente revaluado.

Cuando digo esto, no pienso en campañas publicitarias como *Colombia es pasión*, sino en el reconocimiento honesto de la diversidad de nuestra construcción como entidad partícipe y hablante en el mundo poscapitalista. Pienso, aunque como latinoamericanos nos cueste trabajo creerlo, en la sentencia de Hélène Cixous (1991: 16) “¿Qué ocurriría con el logocentrismo, con los grandes sistemas filosóficos, con el orden del mundo en general, si la piedra sobre la cual ellos fundaron su iglesia se desmoronara?”. Estamos en ese momento y la realidad ahora se construye a partir de nodos múltiples en el mundo, del intercambio procedente de la diferencia como acción fehaciente. No es una tarea fácil tal como la enuncia el autor, es, caminar por un territorio lleno de contradicciones, donde el conflicto y los juegos de poder presentes entre la tradición del discurso occidental y las voces emergentes de la periferia, se dan cita para hablar acerca de una condición en el mundo, tal como la que enuncian el Caribe y los personajes plasmados en la obra de Sánchez Juliao.

Mientras el orden se ha ido derrumbando y la hibridación se ha convertido en referente común en la esfera contemporánea, parece ser que nosotros los miembros de la “periferia”, hemos sido los últimos en dar cuenta de este suceso, y es

ahí, donde el valor de la literatura y en este caso, de la obra de David Sánchez Juliao, constituyen un gran aporte para la reflexión de la condición del Caribe como punto válido de construcción del ser en el tiempo y la historia. El mundo, especialmente para América Latina, sí se encuentra emplazado en una esquina del globo tal como lo afirmaba Germán Espinoza al hacer alusión a las realidades del Caribe colombiano. El reto que en este contexto nos depara y al cual nos invita a pensar el autor, es la conciencia de la existencia de esa voz única y autónoma en capacidad de ser testimonio de las condiciones pluriculturales del contexto globalizado del cual, el Caribe como entidad, hace parte.

Bibliografía:

- Almárcegui, Patricia (2003). "Orientalismo: 20 años después". En: *Quaderns de la Mediterrània = Cuadernos del Mediterráneo*.
 iemed.org/http://www.iemed.org/publicacions/quaderns/4/ealmarcegui.pdf.
 (Online: septiembre 10 de 2008).
- Browne Sartori, Rodrigo (2002). "De antropófagos devoradores de imágenes a iconofágicas imágenes que nos devoran". En: *Razón y palabra*.
 http://www.razonypalabra.org.mx/antteriores/n27/rbrowne.html
 (Online: septiembre 10 de 2008).
- Chambers, Ian (1994). *Migración, cultura, identidad*. Paraguay: Amorroutu.
 _____ (1998). "Cielos comunes, horizontes divididos. Entrevista a Ian Chambers", entrevista de Adell Joan-Elies. En: *Quimera*, Barcelona.
- Cixous, Helene (1991). "Coming to writing and other essays". Cambridge: Harvard University Press.
- Espinoza, Germán (2001). "Caribe y universalidad". En: *Respirando el Caribe, Memorias de la cátedra del Caribe Colombiano*. Ariel Castillo Mier (comp.). Bogotá: Observatorio del Caribe Colombiano.
- García Canclini, Néstor (1989). *Culturas híbridas*. México: Grijalbo.
- Glissant, Edouart (2002). *Introducción a una poética de lo diverso*. Barcelona: Bronce.
- Hottois, Gilbert (1999). *Historia de la filosofía del Renacimiento a la posmodernidad*, Madrid: Cátedra.
- Onghena, Yolanda. *Del multiculturalismo al transculturalismo. 1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas*. Barcelona: Fundación CIDOB.
- Ortiz, Fernando (1978). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sánchez Juliao, David (1981). *Abraham al Humor; El Pachanga, El Flecha*. Bogotá: Tiempo Americano.
 _____ (2005). *Dulce veneno moreno*. Bogotá: Seix Barral.